

la cultura social, diestro en las manufacturas y científico en la agricultura, ese pueblo, como ya hemos visto, carecía de moneda. No tenía nada que pudiera llamarse propiedad. Los súbditos no podían seguir oficio alguno, ni ocuparse en ninguna clase de trabajo ó diversion que no estuviese especialmente señalado por la ley. No podían cambiar de lugar de residencia ni aun de traje, sin licencia del gobierno. Ni aun podían ejercer la libertad que se concede á los mas abyectos en otros países, la de escoger sus propias mujeres. El espíritu imperioso del despotismo no les permitía ser dichosos ni desgraciados sino por los trámites que señalaba la ley. El libre albedrío, ese derecho innato y precioso de todo ser humano, había sido abolido en el Perú.

El asombroso mecanismo de la política peruana solo pudo resultar de la autoridad combinada de la opinion y del poder efectivo hasta un exceso desconocido en ninguna época de la historia del hombre. Pero que se hubiera aplicado con tan buen éxito, y que hubiera durado tanto, en oposicion á los gustos, á las preocupaciones y aun á los principios mismos de nuestra naturaleza, es una prueba elocuente de que en general se administró el gobierno con sabiduría y templanza.

Es buen ejemplo de la política generalmente seguida por los Incas para prevenir los males que hubieran podido turbar el orden de cosas existente, las medidas que adoptaban contra la ociosidad y la pobreza. En estos dos males reconocian sábiamente las dos grandes causas de la tendencia al desorden en una poblacion numerosa. La actividad del pueblo se aseguraba no solamente por sus ocupaciones forzadas en sus propias pertenencias y en sus casas, sino por la construccion de esas grandes obras públicas que cubrian toda la superficie del pais, y que aun en su decadencia nos dicen lo que fueron en su primitiva grandeza y esplendor. Aun mas nos asombrará descubrir que el gobierno en su política aumentaba mucho las grandes dificultades de estas obras, bastante insuperables al parecer ensi, si se considera la imperfeccion de las herramientas y la falta de maquinaria. Los conquistadores españoles nos aseguran que los regios edificios de Quito se construyeron con grandes masas de piedra muchas de las cuales fueron llevadas por el mismo camino de las montañas desde el Cuzco, mediando algunos centenares de leguas entre ambas poblaciones (1). La gran plaza de la capital estaba rellena hasta una profundidad considerable de arena del mar, traída con un trabajo increíble por las ásperas pendientes de las cordilleras desde las remotas playas del Océano pacífico (2). La ley peruana consideraba al trabajo no solo como un medio sino como un fin.

(1) «Era muy principal intento que la gente no holgase, que daba causa á que despues que los Incas estuvieron en paz hacer traer de Quito al Cuzco piedra que venia de provincia provincia para hacer casas para sí ó para el Sol en gran cantidad, y del Cuzco llevalla á Quito para el mismo efeto... y así de estas cosas hacian los Incas muchas de poco provecho y de excesivo trabajo en que traían ocupadas las provincias ordinariamente, y en fin, el trabajo era causa de su conservacion.» Ondegardo, Relacion prim., MS.—Tambien Antig. y Monumentos del Perú, MS.

(2) Esta fue luego al pie de la letra arena de oro, porque Ondegardo dice que siendo gobernador del Cuzco hizo desenterrar de esta arena una gran cantidad de vasos de oro y otros adornos que allí habian ocultado los indigenas. «Que toda aquella plaza del Cuzco le sacaron la tierra propia, y se llevó á otras partes por cosa de gran estima, é la hinchieron de arena de la costa de la mar, como hasta dos palmos y medio en algunas partes, mas sembraron por toda ella muchos vasos de oro é plata, é ovejetas é hombrillos pequeños de lo mismo, lo cual se ha sacado en mucha cantidad, que todo lo hemos visto; desta arena estaba toda la plaza cuando yo fui á gobernar aquella ciudad; é si fue verdad que aquella se trajo de ellos, afirman é tienen puestos en sus registros, pareceme que sea así, que toda la tierra junta tuvo necesidad de en-

Ya sabe el lector cuáles eran las numerosas medidas que adoptaban contra la pobreza; y estas eran tan perfectas, que en toda la vasta estension del territorio, estéril en muchas partes, no habia un solo hombre, por humilde que fuese su condicion, que careciese de alimento y de vestido. El hambre, azote tan comun en las demas naciones americanas, tan comun tambien en aquella época en todos los países de la Europa civilizada, era un mal desconocido en los dominios del Inca.

Los primeros españoles ilustrados que fueron al Perú, admirados del aspecto general de prosperidad y abundancia y del asombroso orden que reinaba en todo, no ponen limites á la expresion de su sorpresa. Segun ellos, era imposible inventar mejor sistema de gobierno para aquel pueblo. Satisfecho con su condicion, libre de vicios, como dice un hombre eminente de aquella época, el carácter blando y dócil del pueblo peruano hubiera facilitado estraordinariamente la enseñanza del cristianismo, si el amor á la conversion, en lugar del del oro, hubiera animado el pecho de los conquistadores (3). Y un filósofo de época posterior, enardecido al contemplar la pintura que habia creado su propia imaginacion de la pública prosperidad y de la dicha doméstica de que se disfrutaba bajo los Incas, declara que «el hombre moral en el Perú era infinitamente superior al europeo (4).»

Sin embargo, estos resultados se concilian difícilmente con la teoría del gobierno que he tratado de analizar. Donde no hay libre albedrío, no puede haber moralidad. Donde no hay tentacion, pocos derechos puede haber á llamarse virtuoso. Donde la ley dispone rigurosamente la rutina, á la ley y no al hombre pertenece el mérito de la conducta. Si es el mejor gobierno aquel que menos se siente, el que usurpa menos parte de la libertad natural del súbdito, la parte esencial á la conservacion de la subordinacion civil, entonces de todas las clases de gobierno inventadas por el hombre la de los peruanos es la que menos derecho tiene á nuestra admiracion.

No es fácil comprender el espíritu verdadero y toda la significacion de instituciones tan opuestas á las de una república libre, donde cada hombre, por humilde que sea su condicion, puede aspirar á los empleos mas elevados, puede escojer su propia carrera,

tender en ello, porque la plaza es grande, y no tiene número las cargas que en ella entraron; y la costa por lo mas cerca está mas de noventa leguas á lo que creo, y cierto yo me satisface, porque todos dicen que aquel género de arena no lo hay hasta la costa.» Rel. seg., MS.

(3) «Y si Dios permitiera que tuvieran quien con celo de cristiandad, y no con ramo de codicia, en lo pasado les diera entera noticia de nuestra sagrada religion, era gente en quien bien imprimiera, segun vemos por lo que ahora con la buena orden que hay se obra.» Sarmiento, Rel. MS., capítulo XXII.

Pero el testimonio mas enfático en favor de aquel pueblo es el de Mancio Sierra Lejesema, el último de los primitivos conquistadores del Perú, y que se habia establecido allí. En el preámbulo de su testamento, hecho, como él dice, para aliviar su conciencia al tiempo de morir, declara que toda la poblacion, bajo el dominio de los Incas, se distinguia por su sobriedad y amor al trabajo; que el robo era una cosa desconocida; que lejos de haber corrupcion en las costumbres, no existia una sola prostituta en el pais; que todo se hacia con el mayor orden y la mas completa sumision á la autoridad. Este panegirico es demasiado absoluto tratándose de una nacion entera, y es lícito sospechar que las punzadas del remordimiento al recordar el mal trato que él mismo daría á los indigenas, serian el estímulo que tendría el moribundo veterano para elogiarlos algo mas de lo que merecian. Sin embargo, este testimonio, partiendo de semejante hombre y en semejante momento, es demasiado importante y demasiado honroso á los peruanos, para que el historiador deje de consignarlo en sus páginas, y por consiguiente inserto este documento original en el *Apéndice num. 4*.

(4) Carli, Lettres Américaines, tomo I, p. 215.

y abrirse á su modo paso á la fortuna; donde la luz del saber en lugar de concentrarse en unos pocos escogidos, se estiende por todas partes como la luz del día, lo mismo para el pobre que para el rico; donde la rivalidad entre hombre y hombre despierta una emulacion generosa que saca al talento de su estado latente y estimula la energía hasta el último grado posible; donde la independencia inspira un sentimiento de confianza en sí mismo, desconocido al tímido súbdito del poder despótico; donde, en una palabra, el gobierno se ha hecho para el hombre, no como en el Perú, donde el hombre solo parecia haber sido hecho para el gobierno. El Nuevo Mundo es el teatro en que estos dos sistemas políticos, tan opuestos en su carácter, se han desarrollado. El imperio de los Incas pasó sin dejar un rastro de su existencia. El otro gran experimento se está verificando aun, el experimento que ha de resolver el problema, tanto tiempo refutado en el antiguo continente, de la aptitud del pueblo para gobernarse á sí mismo. ¡Desgraciada humanidad si el experimento falla!

El testimonio de los conquistadores españoles no es uniforme en cuanto á la influencia favorable que las instituciones peruanas ejercian en el carácter del pueblo. Dicese que los placeres á que tenían una aficion desenfrenada eran el baile y la bebida. Como los esclavos y siervos de otros países, cuya posicion los excluía de ocupaciones mas nobles y mas serias, buscaban una indemnizacion en diversiones frivolas y sensuales. Perezosos, lujuriosos, y cínicos, son los epítetos que les da uno que los vió en la época de la conquista, pero cuya pluma no era muy favorable al indio (1). Verdad es que el espíritu de independencia no podia ser muy enérgico en un pueblo que no tenia propiedad alguna en el territorio, ni derechos personales que defender; y la facilidad con que cedió al invasor castellano calculando en todo su valor su inferioridad comparativa, indica una deplorable falta de aquel sentimiento patriótico que considera en poco la vida cuando se trata de la libertad.

Pero no debemos juzgar con demasiada severidad al desgraciado indigena porque se anonadó ante la civilizacion del europeo; no debemos desconocer la verdadera magnitud de los resultados que alcanzó el gobierno de los Incas; no debemos olvidar que bajo su mando el hombre mas humilde del pueblo disfrutaba mucho mas bienestar personal, y estaba mas libre de padecimientos físicos que las clases correspondientes en todas las demas naciones del continen-

(1) «Eran muy dados á la lujuria y al beber, tenían acceso carnal con las hermanas y las mujeres de sus padres como no fuesen sus mismas madres, y aun algunos habia que con ellas mismas lo hacian y así mismo con sus hijas. Estando borrachos tocaban algunos en el pecado nefando, emborrachábase muy á menudo, y estando borrachos todo lo que el demonio les traía á la voluntad hacian. Eran estos orejones muy soberbios y presuntuosos.... Tenian otras muchas maldades que por ser muchas no las digo.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

Estas acusaciones generales del rudo conquistador manifiestan una ignorancia demasiado grosera de las instituciones de aquella nacion para que merezcan mucha confianza en lo relativo al carácter de esta.

Nota del traductor. Por mas que diga Prescott, la pintura que hace Pizarro está tan perfectamente de acuerdo con lo que hoy pasa desgraciadamente, que lleva en sí el carácter de la mas estricta verdad. Es público y notorio en muchas partes del Perú que en las orgias que celebran los indios en los dias de festividades religiosas, en que, sea dicho de paso, mezclan aun muchas prácticas de su antigua idolatria con el semi-catolicismo que se les ha impuesto, se cometen los horrores mas increíbles y mas repugnantes á los instintos de la naturaleza humana. Esto es tan comun, que la práctica ha establecido ya una fórmula para que el indio se confiese de estos pecados horribles, y cuando el cura oye decir: *acúsome, padre, que me equivoqué*, no necesita mas esplicacion para saber de lo que se trata.

te americano, y quizás mucho mas que esas mismas clases en la mayor parte de los países de la Europa feudal. Bajo su cetro, las clases altas habian hecho en muchas artes adelantos que eran dignos de una nacion civilizada. Se habian echado las bases de un gobierno de orden que, en un siglo de robo y saqueo, aseguraba á sus súbditos los incalculables beneficios de la paz y de la seguridad. Gracias á la política constante de los Incas, muchas de las tribus salvajes de los bosques fueron poco á poco sacadas de sus guaridas, y atraídas al seno de la civilizacion; y con estos materiales se construyó un imperio floreciente y poblado, como no se encontró otro en ninguna otra parte del continente americano. El defecto de este gobierno era un exceso de refinamiento en la legislacion, el último defecto, ciertamente, que se hubiera podido esperar entre los indigenas de América.

NOTA. No he creido necesario estender los limites de esta introduccion añadiéndole una investigacion sobre el origen de la civilizacion peruana, como la que he agregado á la historia de Méjico. Es indudable que la historia peruana sugiere puntos de analogia con algunas naciones orientales, algunos de los cuales están indicados en breves palabras en las páginas anteriores; aunque se consignan estas analogias como pruebas no de su origen comun, sino de las coincidencias que pueden surgir naturalmente entre diferentes naciones que se encuentran en la misma fase de civilizacion. Estas coincidencias no son ni tan numerosas ni tan notables como las que presenta la historia azteca. La correspondencia que ofrece la ciencia astronómica de los mejicanos tiene por sí sola mas importancia que todas las demas. Sin embargo, la luz de la analogia que sacamos de las instituciones de los Incas, parece señalar hácia la misma direccion; y como la investigacion podia ofrecer pocos datos que confirmasen, y mucho menos que refutasen las opiniones que he manifestado en la historia de Méjico, he creido que lo mejor era no fatigar al lector con repeticiones.

SARMIENTO Y ONDEGARDO.

Los dos escritores de quienes mas datos he sacado para la precedente introduccion á mi obra son Juan de Sarmiento y el licenciado Ondegardo. Del primero no he podido alcanzar mas noticias que las que contienen sus propios escritos. En el título de su manuscrito se le llama presidente del consejo de Indias, empleo de altísima importancia, que indica tanta gravedad en el escritor y tantos medios de adquirir noticias, que sus opiniones sobre asuntos ultramarinos son dignas de la mayor consideracion.

Estos medios se ampliaron mucho con motivo del viaje que hizo Sarmiento á las colonias durante la administracion de Gasca. Habiendo formado el plan de escribir una historia de las antiguas instituciones del Perú, pasó al Cuzco, segun él mismo dice, en 1550, y allí obtuvo de los mismos indigenas los materiales para su narracion. Su posicion le permitia obtener las mas auténticas noticias, y de los labios mismos de los nobles Incas, los mas instruidos de la raza conquistada, recojió las tradiciones de sus instituciones y de su historia nacional. Los quipus, como hemos dicho, constituian un sistema de mnemónica que exigía una atencion constante, y muy inferior á los geroglíficos mejicanos. Solo mediante un estudio asiduo podian servir para los fines de la historia; y este estudio se abandonó tanto despues de la conquista, que los anales del pais hubieran perecido con la generacion que era su única depositaria, si no hubiera sido por los esfuerzos de algunos hombres inteligentes y estudiosos como Sarmiento, que conocieron en este periodo critico la importancia de

ponerse en comunicacion con los naturales, y apoderarse de las noticias que conservaban.

Para dar mayor autenticidad á su obra, Sarmiento viajó por el país y examinó con sus propios ojos los objetos mas interesantes, á fin de comprobar en todo lo posible las relaciones de los indígenas por medio de sus observaciones personales. El resultado de sus trabajos fue la obra intitulada «Relacion de la sucesion y gobierno de los Incas, señores naturales que fueron de las provincias del Perú, y otras cosas tocantes á aquel reino, por el Ilmo. Sr. Don Juan Sarmiento, presidente del consejo real de Indias.»

Está dividida en capítulos y abraza unas cuatrocientas páginas en folio manuscrito. Ocupan la parte de introduccion de la obra los cuentos tradicionales del origen é historia primitiva de los Incas, llenos segun costumbre en las antigüedades de un pueblo bárbaro, con leyendas fabulosas de lo mas mons-



Jarras antiguas de los peruanos.

trouso y disparatado que se puede concebir. Sin embargo, estas fábulas pueriles forman una mina inagotable para los trabajos del anticuario, que trata de devanar la red alegórica que un sacerdocio astuto ha inventado como simbólica de aquellos misterios de la creacion que no podia comprender. Pero Sarmiento felizmente se limita á referir las fábulas tradicionales, sin la quimérica ambicion de explicarlas.

De esta region de la poesia pasa Sarmiento á las instituciones de los peruanos, describe su antigua política, su religion, sus progresos en las artes, y especialmente en la agricultura; y presenta, en una palabra, un cuadro completo de la civilizacion que alcanzaron bajo la dinastía Inca. Esta parte de la obra, descansando como descansa, en los datos mas auténticos, confirmados en muchos casos por sus propias observaciones, es de gran precio, y está escrita con un aparente respeto á la verdad que desde luego

inspira completa confianza al lector. La última parte del manuscrito trata de la historia civil del país. El autor despacha con laudable laconismo los reinados de los primeros Incas, que no pertenecen al campo legítimo de la historia. Pero es mas difuso al hablar de los tres últimos reinados y felizmente de los tres príncipes mas eminentes que ocuparon el trono del Perú. Este era comparativamente terreno mas firme para el cronista, porque los acontecimientos eran demasiado recientes para que los desfigurasen las leyendas vulgares que, como la hiedra en los edificios arruinados, se apresuran á crecer alrededor de todos los hechos antiguos. Su relacion termina en la invasion española; porque sin duda creyó Sarmiento que esta parte de la historia podia confiarse á los que representaron un papel en ella, y que por su educacion y sus hábitos no eran muy á propósito para explorar las antigüedades é instituciones sociales de los indígenas.

El estilo de la obra de Sarmiento es claro y sencillo, y no aspira á esa ostentacion retórica demasiado comun entre sus compatriotas. Escribe con candor laudable, y mientras que hace completa justicia al mérito y capacidad de las razas conquistadas, habla con indignacion de las atrocidades de los españoles y de la tendencia desmoralizadora de la conquista. Quizás se creará que exagera algun tanto los progresos de la nacion bajo el imperio de los Incas; y no es improbable que asombrado por los vestigios que le presentaba de una civilizacion original, se enamorase de

su asunto, y lo revistiese de colores demasiado brillantes para presentarlo ante la vista del europeo. Pero esta seria en todo caso una falta interesante, en que no incurrian por cierto los severos conquistadores que destruyeron las instituciones del país, y que voian en él pocas cosas dignas de admiracion fuera del oro. Además debemos reconocer que Sarmiento nunca trata de engañar al lector, y que tiene mucho cuidado de indicar lo que refiere en virtud de lo que se le ha contado, y lo que es fruto de su experiencia personal. El mismo padre de la historia no separa estas dos cosas mas escrupulosamente que él.

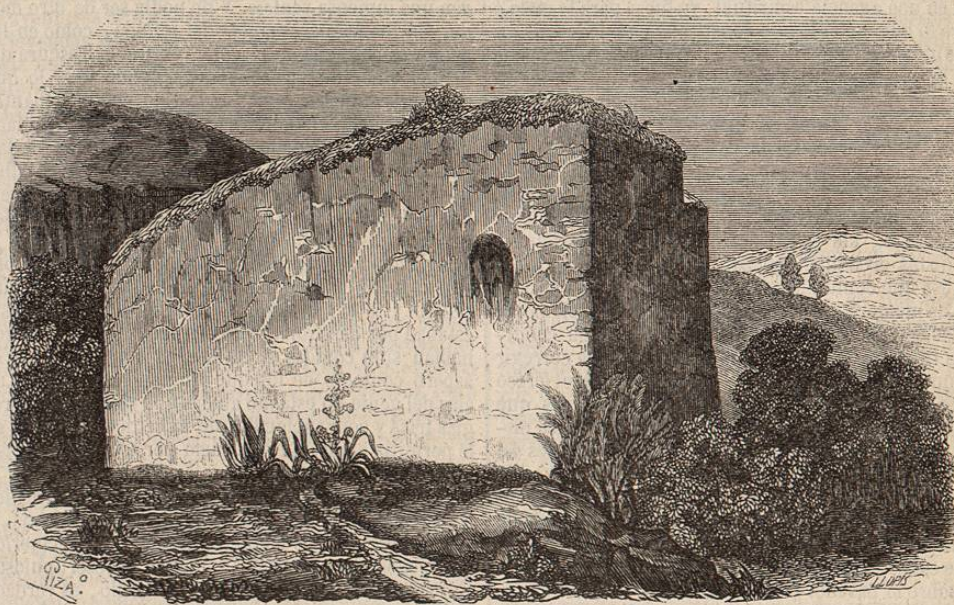
El historiador español no está enteramente libre de la supersticion característica de su siglo, y muchas veces atribuye á la intervencion inmediata de Satanas cosas que con mas justicia podria atribuir á la perversidad del hombre. Pero este era defecto comun á los hombres mas sábios de aquella época, y seria exigir demasiado á un hombre el que fuese superior á su generacion. Bastante alabanza haremos de Sarmiento si decimos que en un siglo en que la supersticion se unia con demasiada frecuencia al fanatismo, él parece haberse librado completamente de esta mancha. No era fanático puesto que su corazon estaba lleno de benevolencia para el desgraciado indigena; y en su lenguaje, si no se descubre la llama abrasadora del misionero, se encuentra un rayo generoso de filantropía, que envuelve tanto al conquistador como al conquistado, considerándolos á todos como hermanos.

A pesar del gran valor de la obra de Sarmiento por las muchas noticias que da sobre el Perú bajo el reinado de los Incas, es poco conocida; ha sido poco consultada por los historiadores, y aun está enterrada entre los manuscritos inéditos que, como metal no acuñado aun, guardan los receptáculos secretos del Escorial.

El otro escritor á quien he aludido, el licenciado Polo de Ondegardo, era un eminente jurisconsulto, cuyo nombre aparece muchas veces en los asuntos del Perú. No he podido fijar la época de su llegada al país, pero sé que ya estaba allí cuando llegó Gasca, y que vivió en Lima bajo el poder usurpador de Gonzalo Pizarro. Cuando el astuto Cepeda trataba de hacer firmar á los habitantes el documento en que se proclamaba la soberanía de su gefe, vemos á Ondegardo al frente de los de su profesion oponerse á ello.

Cuando llegó Gasca, tomó servicio en su ejército. Cuando terminó la rebelion, se le hizo corregidor de la Plata y luego del Cuzco, empleo honroso que, segun parece, conservó muchos años. En el ejercicio de sus funciones estuvo en contacto familiar con los indígenas, y tuvo ocasiones inmejorables para estudiar sus leyes y antiguas costumbres. Se portó con tal prudencia y moderacion, que parece haberse atraído la confianza no solo de sus compatriotas, sino tambien de los indios; y el gobierno supo aprovecharse de su vasta esperiencia para adoptar medidas encaminadas á la mejora de la administracion de la Colonia.

Las *Relaciones* que tan á menudo se han citado en esta historia, fueron escritas por indicacion de los vireyes; la primera está dirigida al marques de Cañete, en 1561, y la segunda, diez años despues, al



Peñascal de Inti Guaicu.

conde de Nieva. Las dos juntas son poco mas ó menos de la misma estension que el manuscrito de Sarmiento; y en la segunda, escrita tanto tiempo despues de la primera, parece descubrirse que ya era muy avanzada la edad del autor, segun sus descuidos y lo difuso de la composicion.

Como estos documentos están en forma de respuesta á las preguntas dirigidas por el gobierno, parece que los asuntos de que tratan se encerrarían en límites mas estrechos de lo que desearia el historiador moderno. Esas preguntas se dirigian especialmente á las rentas, á los tributos, en una palabra, á la administracion fiscal de los Incas, y sobre estos asuntos complicados la comunicacion de Ondegardo es muy completa. Pero la ilustrada curiosidad del gobierno se extendia á un campo mas vasto, y las respuestas indican necesariamente el conocimiento de la política doméstica de los Incas, de sus leyes, de sus hábitos sociales, de su religion, de su ciencia, de sus artes; por fin, de todo lo que constituye los elementos de la civilizacion. Las memorias de Ondegardo ocupan por consiguiente todo el terreno que desea estudiar el historiador filosófico.

En el desempeño de estos diferentes asuntos, Ondegardo manifiesta tanta agudeza como erudicion. Jamas huye de la discusion, por difícil que sea; y al

paso que presenta sus deducciones con modestia, se conoce que está convencido de haber bebido sus noticias en las fuentes mas auténticas. Desecha lo fabuloso con desdén; examina la probabilidad de los hechos que refiere, y habla con todo candor de la falta de evidencia irrecusable. Lejos de manifestar el sencillo entusiasmo del misionero bien intencionado aunque crédulo, adelanta con la lentitud y cautela del abogado acostumbrado á los testimonios contradictorios y á la inseguridad de la tradicion oral. Esta manera circunspecta de proceder, y el carácter templado de sus juicios, dan derechos á Ondegardo para ser considerado como una autoridad muy superior á la mayor parte de sus compatriotas que han tratado de las antigüedades indias.

En sus escritos brilla constantemente un sentimiento de humanidad que se manifiesta especialmente en la blandura con que trata á los desgraciados indígenas, á cuya antigua civilizacion hace entera aunque no estravagante justicia; al paso que, lo mismo que Sarmiento, reprueba enérgicamente los excesos de sus compatriotas, y reconoce el borron con que habian empañado el honor nacional. Pero mientras que esta censura forma la mas terrible acusacion contra los conquistadores, ya que sale de los labios de un español, prueba tambien que España en aquel siglo de

violencia producía hombres sábios y buenos, que se negaban á hacer causa común con la canalla corrompida que los rodeaba. Estas mismas memorias contienen pruebas abundantes de los constantes esfuerzos que hizo el gobierno colonial, desde la época del buen virrey Mendoza en adelante, para proteger y asegurar el beneficio de una legislación templada á los desdichados indígenas. Pero los rudos conquistadores y los colonos, cuyo corazón no se ablandaba sino con el contacto del oro, oponían un obstáculo formidable á los adelantos.

Los escritos de Ondegardo están libres de esa superstición que es el humillante rasgo característico de la época; superstición que se manifestaba en la credulidad con que se recibía todo lo maravilloso; ya fuese en historias cristianas ó paganas; porque la credulidad descubría tan fácilmente el brazo del Todopoderoso en las primeras, como la intervención directa de Satanás en las segundas. Esta fácil creencia en una agencia espiritual, ya fuese para lo malo ó para lo bueno, es lo que constituye uno de los rasgos mas notables en los escritos del siglo xvi. Nada puede ser mas repugnante al verdadero espíritu de la investigación filosófica, ni mas irreconciliable con el criterio racional. Lejos de manifestar debilidad semejante, Ondegardo escribe con claridad como hombre de negocios, apreciando las cosas segun lo que valen, y sometiendo á la regla sencilla del sentido común. Siempre tiene la vista fija en el objeto principal de su argumento, sin estraviarse, como los charlatanes cronistas de aquella época, en mil episodios inconexos, que confunden al lector y no conducen á nada.

Las memorias de Ondegardo tratan no solamente de las antigüedades de la nación, sino de su condición intelectual y de los mejores medios de corregir los numerosos males que la aquejaban bajo el férreo cetro de los conquistadores. Las indicaciones que hace están llenas de sabiduría, y de una política misericordiosa que aspiraba á conciliar los intereses del gobierno con la prosperidad y la dicha del menor de los vasallos. Así mientras que sus contemporáneos se ilustraban con sus observaciones sobre el estado de los negocios, el historiador de una época posterior no debe estarle menos agradecido por las noticias que le da sobre lo pasado. Herrera consultó mucho su manuscrito, y el lector al recorrer las páginas del erudito historiador de las Indias, ignora que está disfrutando de las investigaciones de Ondegardo. Así sus apreciables *Relaciones* sirvieron para la ilustración de las generaciones futuras, aunque jamas recibieron los honores de la impresión. Debo la copia que poseo, como igualmente la de la obra de Sarmiento, al activo bibliógrafo Mr. Rich; ambas formaban parte de la magnífica colección de lord Kingsborough, nombre digno de memoria eterna por los infatigables esfuerzos que hizo para ilustrar las antigüedades de América.

Debemos observar que los manuscritos de Ondegardo no llevan su firma; pero contienen alusiones á varios sucesos de la vida del autor que prueban hasta la evidencia que son obra suya. En el archivo de Simancas existe una copia duplicada de su *Relación primera*, aunque como la del Escorial no tiene el nombre del autor. Muñoz se la atribuye á Gabriel de Rojas, uno de los mas distinguidos conquistadores. Este es un error palpable; porque el autor del manuscrito prueba que es Ondegardo, declarando, en su contestación al quinto interrogatorio, que él fue quien descubrió las momias de los Incas en el Cuzco; hecho atribuido espresamente, tanto por Acosta, como por Garcilasso, al licenciado Polo de Ondegardo cuando era corregidor de aquella ciudad. Si los eruditos de Madrid incluyesen alguna vez estas *Relaciones* en la publicación de importantes manuscritos, deben tener cuidado de no incurrir en el error de Mu-

ñoz, quien, sin embargo, se equivocaba tan pocas veces.

LIBRO II.

DESCUBRIMIENTO DEL PERU.

CAPITULO PRIMERO.

Ciencia antigua y ciencia moderna.—Arte de la navegación.—Descubrimientos marítimos.—Intrepidez de los españoles.—Sus posesiones en el Nuevo Mundo.—Rumores acerca del Perú.

SEA cual fuere la diferencia de opinión que existía entre el mérito comparativo de los antiguos y de los modernos en las artes, en la poesía, en la elocuencia y en todo lo que depende de la imaginación, no hay duda alguna que en las ciencias los modernos les llevan una inmensa ventaja. Y no podía ser de otro modo. En los primeros siglos del mundo, como en los primeros períodos de la vida, existía la frescura del primer albor de la existencia, cuando todo lo que descubría la vista estaba revestido con la brillantez de la novedad; cuando los sentidos, que la familiaridad no había embotado aun, tenían mas sensibilidad para concebir lo bello; y la inteligencia, bajo el influjo de un provechoso gusto natural, no estaba pervertida con las teorías filosóficas, cuando la sencillez estaba indispensablemente unida con la belleza, y la imaginación epicúrea, empalagada con la repetición, aun no había empezado á buscar el estímulo en lo fantástico y lo caprichoso. Las regiones de la fantasía estaban por descubrir, y ni sus mas hermosas flores habían sido cogidas ni su belleza mancillada por el áspero contacto de los que fingían cultivarlas. Las alas del genio no estaban atadas á la tierra por las reglas frias y convencionales de la crítica, sino que se le permitía emprender su vuelo por toda la inmensa extensión de lo creado.

Pero con la ciencia no era lo mismo. Ningun genio, por privilegiado que fuese, podía crear hechos, y apenas descubrirlos siquiera. Era preciso recojerlos con penosísimo trabajo, á fuerza de escrupulosas observaciones y experimentos. El genio, es verdad, podía combinar estos hechos y darles nueva forma, y sacar de su combinación nuevas é importantes consecuencias; y en este procedimiento casi podía rivalizar en originalidad con las creaciones del poeta y del artista. Pero si los pasos progresivos de la ciencia son lentos por necesidad, también son seguros: no hay movimiento retrógrado en sus dominios. Las artes pueden decaer; puede enmudecer la musa; un letargo moral puede embargar las facultades de una nación; la nación misma puede desaparecer y no dejar tras sí mas que la memoria de su existencia; pero las riquezas que la ciencia ha atesorado no desaparecen jamas. A medida que salen á la escena otras naciones y se levantan nuevas formas de civilización, los monumentos de la imaginación y del arte, productos de períodos mas remotos, se opondrán como un obstáculo en la carrera de las mejoras y del progreso. No se puede edificar sobre ellos, ocupan el terreno que quisieran cubrir los nuevos aspirantes á la inmortalidad. Es preciso hacer toda la obra de nuevo; y otras formas de belleza, ya mas elevadas, ya inferiores en la escala del mérito, pero diferentes de las anteriores, tienen que brotar para ocupar un puesto á su lado, pero en la ciencia cada piedra que se ha colocado queda enteramente como base para colocar otra. La generación que sigue emprende la obra por donde la dejó la anterior. No hay movimiento retrógrado. Una nación individualmente puede retroceder, pero á pesar de esto la ciencia adelanta. Cada paso que se ha dado facilita mas y mas la subida para

los que vienen en pos; cada paso conduce al paciente investigador de la verdad mas y mas alto hácia el cielo, y á medida que sube se desarrollan ante sus ojos un horizonte mas vasto, y nuevas y mas espléndidas regiones del universo.

La geografía participó de esa oscuridad é incertidumbre que reinaban en todos los demas departamentos de la ciencia en los primeros siglos del mundo. El conocimiento de la tierra solo podía resultar de un tráfico estenso; y el comercio se funda en necesidades artificiales y en una ilustrada curiosidad, que apenas son compatibles con la condición humana. En la infancia de las naciones, ocupadas las diferentes tribus con sus feudos domésticos, tenían pocas ocasiones de vagar mas allá de la cadena de montañas ó del ancho río que formaba el límite natural de su territorio. Verdad es, segun se dice, que los fenicios navegaron mas allá de las columnas de Hércules, y que penetraron en el gran Océano atlántico. Pero las aventuras de estos antiguos viajeros pertenecen á las leyendas místicas de la antigüedad, y traspasan hasta una distancia inmensa los límites de los datos históricos auténticos.

Los griegos, llenos de viveza y amigos de aventuras, diestros en las artes mecánicas, tenían muchas de las cualidades de buenos navegantes, y efectivamente recorrieron completamente y con mucha audacia su pequeño mar Mediterráneo. Pero las conquistas de Alejandro hicieron mas para extender los límites de la ciencia geográfica, y dieron á conocer los países remotos del Oriente. Sin embargo, la marcha del conquistador es lenta comparada con la del viajero sin trabas. Los romanos fueron aun menos emprendedores que los griegos, menos mercantiles en su carácter. Sus contribuciones al saber geográfico crecieron con la lenta adquisición de territorio. Pero su sistema era centralizador en sus tendencias; y en lugar de tomar una dirección exterior y buscar nuevos descubrimientos mas allá de lo conocido, cada fracción del vasto imperio se volvía hácia la capital, como su cabeza y su punto central de atracción. El conquistador romano seguía su carrera por tierra, no por el mar, y el mar es el gran camino de las naciones, el verdadero elemento del descubridor. Los romanos no formaban un pueblo marítimo. Al terminar el imperio, se podía decir que la ciencia geográfica no se extendía mas que al conocimiento de Europa, y esto no en su división mas septentrional, juntamente con una parte de Asia y Africa, al paso que no tenían idea alguna de un mundo occidental, sino es la que podían colegir de la feliz predicción del poeta (1).

Vino en pos de esto la edad media, la edad de las tinieblas como la llaman, aunque en sus tinieblas se maduraron aquellas semillas del saber que, con el tiempo, habían de brotar en nuevas y espléndidas formas de civilización. La organización de la sociedad llegó á ser mas favorable á la ciencia geográfica. En lugar de un imperio de dimensiones exageradas, sumido en el letargo, oprimiéndolo todo con su peso colosal, Europa se vió dividida en muchas naciones independientes, muchas de las cuales, adoptando formas liberales de gobierno, sintieron todos los im-

(1) La conocida predicción de Séneca en su *Medea*, es quizas la profecía fortuita mas notable de que hay memoria. Porque no anuncia una simple extensión de las partes conocidas del globo con tan asombrosa confianza, sino la existencia de un *Nuevo Mundo* mas allá de los mares, que descubrirían los siglos venideros.

«Quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Pateat tellus, Typhisque Novos
Detegat Orbes.»

Aquí se descubre mas bien el acierto feliz del filósofo que el del poeta.

TOMO I.

pulsos naturales á los hombres libres; y las pequeñas repúblicas del Mediterráneo y del Báltico lanzaron sus enjambres de marinos á un comercio provechoso, que unió á todos los diferentes países aparecidos en las orillas de los mares europeos.

Pero los adelantos que se hicieron en el arte de la navegación, el cálculo mas exacto del tiempo, y sobre todo el descubrimiento de la polaridad, de la aguja magnética, contribuyeron mucho á desarrollar los conocimientos geográficos. En lugar de deslizarse tímidamente por la costa, ó de ceñir sus navegaciones al estrecho círculo de un mar interior, el viajero pudo ya desplegar atrevidamente sus velas en el Océano, seguro de que tenía un guía á su disposición que dirigiría su buque con tino inerrable al través de la inmensa soledad. La conciencia de este poder encaminó el pensamiento á otra dirección; y el marino empezó á buscar seriamente otra vía á las islas perfumadas de los mares indios de donde se traían las especerías, distinto del que seguían las caravanas orientales que tenían que atravesar todo el continente asiático. Las naciones á quienes tocaba naturalmente el espíritu emprendedor en esta crisis, eran España y Portugal, colocadas, por decirlo así, en los puestos avanzados del continente europeo, y dominando el gran teatro de los descubrimientos futuros.

Ambos países conocieron los deberes de su nueva posición. La corona de Portugal hizo constantes esfuerzos en todo el siglo xv para descubrir un pasaje al océano indico, rodeando la estremidad meridional del Africa; aunque tan tímida era la navegación, que cada nuevo cabo se convertía en una barrera formidable, y no fue sino á fines del siglo cuando el atrevido Díaz dió enteramente la vuelta al cabo de las tormentas como él lo llamó, pero al que Juan II dió con mas feliz pronóstico el nombre de cabo de Buena Esperanza. Pero antes que Vasco de Gama se hubiese aprovechado de este descubrimiento para desplegar sus velas hácia los mares de las Indias, España entró en su gloriosa carrera, y envió á Colon al Occidente.

El fin que se proponía el gran navegante, no era otro que el de descubrir un camino á la India, pero no por el Este, sino por el Oeste. No esperaba encontrarse con un continente al paso; y despues de repetidos viajes permaneció en su error primitivo, muriendo, como es sabido, en la creencia de que lo que había alcanzado en sus navegaciones era la costa oriental de Asia. El mismo objeto fue el que dirigió las empresas marítimas de los que siguieron la ruta trazada por el Almirante, y el descubrimiento de un estrecho que condujese al Océano indico, era el estribillo de todas las órdenes del gobierno, y el fin de muchas expediciones á diferentes puntos del nuevo continente, que parecía extenderse como un inmenso leviatán, de un polo á otro. El descubrimiento de un paso á las Indias es el verdadero motivo que explica todas las empresas marítimas del siglo xv y de la primera mitad del xvi. Era la gran idea predominante que daba impulso al carácter emprendedor del siglo.

No es fácil comprender en la época actual el impulso que dió á Europa el descubrimiento de América. No fue la adquisición gradual de un territorio limitado de una provincia, de un reino, lo que se alcanzó; fue un Mundo Nuevo que abrió de repente sus puertas al europeo. Las razas de animales, los tesoros minerales, las formas del mundo vegetal, y los aspectos variados de la naturaleza, el hombre, por fin, en las diferentes fases de la civilización, llenaron el ánimo de una multitud de ideas enteramente nuevas, que cambiaron el curso de la corriente habitual del pensamiento y lo estimularon á conjeturas indefinidas: El ansia de explorar los secretos maravillosos del nuevo hemisferio llegó á ser tan activa, que las ciudades principales de España casi llegaron á despo-